

Carta del Prelado (mayo de 2016)

Mayo es un mes para incrementar la devoción a la Virgen, sugiere el Prelado en su carta mensual. Al meditar con los Evangelios sobre la entrega de la Madre de Dios, sentiremos la necesidad de acercar a nuestros amigos y conocidos a su Hijo.

04/05/2016

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Comienza el mes mariano por excelencia, en el que procuramos situar la devoción a la Virgen en el centro de nuestras jornadas. Muchos de nosotros recordaremos las prácticas aprendidas en la infancia: oraciones dedicadas a nuestra Madre —quizá el rezo del rosario en familia —, ofrecimiento de pequeños sacrificios, adornos florales junto a las imágenes de Santa María...; por eso, sugiero a los padres y madres de familia que viváis estos gestos, llevando con vosotros a vuestros hijos pequeños. Os ayudará leer y meditar lo que el Santo Padre escribe sobre el trato entre los miembros de la familia, en su reciente exhortación apostólica[1].

Comportémonos así también, siguiendo las sugerencias y consejos de nuestro Padre, para que sea responsabilidad de todas y de todos "hacer hogar" en la Obra, conscientes de que —con esos cuidados de

familia— el Opus Dei es un trasunto del Cielo.

San Josemaría mostró un empeño grande para fomentar en la Obra la piedad mariana, requisito sin el que no es posible —o se hace muy difícil— seguir a Jesucristo. La Romería de mayo se nos presenta como devoción específica, difundida ya por el mundo entero. Además, nos animó a poner más cariño y delicadeza en ese trato con Nuestra Señora: rezando pausado del rosario, contemplando los misterios de la vida de su Hijo y de la suya; la oración del Ángelus al mediodía, etc. Un conjunto de normas de piedad que, bien cultivadas, ayudan a mantener la presencia de Dios durante la jornada entera.

Rezar a la Virgen entraña amor y es señal de confianza total en Ella. No se queda en sentimientos, que también pueden abundar en estas

plegarias. **Pero no debemos preocuparnos si, al principio, existe sólo el buen empeño de rezar, casi maquinalmente, una pequeña plegaria a Nuestra Señora. Cuando esa oración sincera brota de un corazón que, a pesar de los pesares, no ha olvidado los desvelos maternos, Santa María alienta esa frágil brasa y lleva el alma al deseo de formarse en la doctrina de su Hijo. Aquella corta plegaria — el tenue resollo cubierto entre las cenizas — se transforma en fuego que quema las miserias personales, capaz de atraer a otros a la luz de Cristo**[2].

Quizá alguna vez hemos considerado que los Evangelios recogen pocas palabras de la Virgen; de san José, ninguna. Sin embargo, lo que nos transmite la Sagrada Escritura basta para comprender **cómo la Madre de Jesús acompaña a su Hijo paso a**

paso, asociándose a su misión redentora, alegrándose y sufriendo con Él, amando a los que Jesús ama, ocupándose con solicitud maternal de todos aquellos que están a su lado[3].

Detengámonos, por ejemplo, en el relato de las bodas de Caná. *Narra el evangelista que, dirigiéndose a los sirvientes, María les dijo: Haced lo que Él os dirá (Jn 2, 5). De eso se trata; de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis facere?, Señor, ¿quéquieres que yo haga? (Hch 9, 6)*[4].

Apoyada en estas palabras, la Iglesia invoca a la Virgen en las letanías como *Mater Boni Consilii*, Madre del Buen Consejo, porque efectivamente no hay recomendación más importante que ésta: encaminar a las almas hacia Jesús, Maestro y Redentor nuestro, para que cada uno lo conozca, lo trate y se enamore de

Él. Así se comportó san Josemaría desde el principio de la Obra. Y los que hemos tenido oportunidad de acompañarle en sus visitas marianas, hemos contemplado cómo desgranaba cada avemaría, para tratar a la Trinidad más íntimamente. No olvidemos, además, que ***muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María***[5]. Lo hemos experimentado con frecuencia en nuestra vida personal y en la labor apostólica.

El consejo de nuestra Madre a los sirvientes de Caná se dirige hoy a cada uno, a cada una, porque todos estamos llamados a acercar a los demás a Jesucristo. Precisamente una de las obras de misericordia espiritual, que en este año jubilar se recomienda especialmente, consiste en *dar consejo al que lo necesita*. El Maestro desea servirse de nosotros

como se sirvió de los primeros discípulos, a quienes envió por todas las ciudades a las que iba a ir, para que le prepararan el camino. Porque Él «no nos habla sólo en la intimidad del corazón: nos habla, sí —explica el Papa Francisco—, pero no sólo allí, sino que nos habla también a través de la voz y del testimonio de los hermanos. Es verdaderamente un don grande poder encontrar hombres y mujeres de fe que, sobre todo en los momentos más complicados e importantes de nuestra vida, nos ayuden a iluminar nuestro corazón y a reconocer la voluntad del Señor»[6].

San Josemaría quería que nos supiésemos instrumentos de Cristo en esta labor de iluminar el corazón y la inteligencia de las gentes. ***No puedes ser un elemento pasivo tan sólo, escribió. Tienes que convertirte en verdadero amigo de tus amigos: "ayudarles". Primero,***

con el ejemplo de tu conducta. Y luego, con tu consejo y con el ascendiente que da la intimidad^[7]. Una intimidad que da paso al consejo y que configura el apostolado personal de amistad y confidencia, que nuestro Padre enseñó desde el principio. *Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo...* *Todo eso es "apostolado de la confidencia"*^[8].

Para ayudar con eficacia a los demás, por medio del consejo más adecuado a sus necesidades, resulta indispensable hablar de esos temas, primero, con el Señor en la meditación. Precisamente ahí, en

filial conversación con Dios, recibiremos luces para comunicarlas a nuestros amigos y compañeros. Es ahí donde «el Espíritu nos hace crecer interiormente (...) y nos ayuda a no caer en manos del egoísmo y del propio modo de ver las cosas (...). La condición esencial para conservar este don es la oración»[9].

La oración se nos presenta como el *arma* más importante a nuestro alcance. Con oración ha salido adelante la Iglesia a lo largo de los siglos, y con oración continuará caminando, a pesar de los obstáculos que encuentre en su senda. Así ha sucedido también en el Opus Dei, *partecica* de la Iglesia, y por eso san Josemaría afirmaba con repetida insistencia que la oración es un remedio eficacísimo para todas las necesidades. Preparemos, pues, nuestras conversaciones apostólicas en los ratos de diálogo con el Señor, y

acudamos a la intercesión de la Virgen.

El próximo 12 de mayo celebraremos con mucha alegría la memoria litúrgica del beato Álvaro. Recuerdo algunas visitas suyas a la Madre del Buen Consejo, cerca de Roma; ante Ella rezó en la vigilia del cónclave que eligió a san Juan Pablo II como sucesor de san Pedro. Y, con ocasión de uno de los años marianos que convocó en el Opus Dei, don Álvaro se refirió a esta advocación: «Si deseamos que nuestra acción de gracias se concrete en una realidad de más entrega a Dios, que no se quede en un gesto superficial o en buenas palabras, habremos de acudir cada jornada con más intensidad a la Santísima Virgen, *Mater boni consilii*»[10].

Prolongando estas palabras de mi queridísimo predecesor, os ruego que en la Romería de mayo y en

otras visitas marianas que a cada uno le inspire su piedad personal, roguemos a nuestra Madre Santa María por el bien de las familias, por la paz del mundo, por el Papa y sus intenciones, por las necesidades de la Iglesia, de la Obra, por las vocaciones, por la eficacia de las labores apostólicas. Dejemos estas súplicas en sus manos, para que las presente al Espíritu Santo en la próxima solemnidad de Pentecostés. «Que Ella nos lleve hasta Jesús, hasta Dios uno y trino, en homenaje de acción de gracias y en petición de perdón»[11].

No me detengo en otras efemérides de este mes, y quiero pensar que, para todas y para todos, cada jornada constituirá un encuentro con el Señor, de la mano de la Virgen.

Con todo cariño, os bendice
vuestra Padre

+ Javier

Roma, 1 de mayo de 2016.

P.S. Cuando estaba a punto de enviar esta carta a la imprenta, me ha llegado la noticia de que el Papa ha declarado la heroicidad de las virtudes de Montse Grases. Se lo agradecemos al Señor y a la Virgen bajo la advocación de Montserrat, en cuya memoria litúrgica hemos recibido esta grata noticia. Acudamos a la intercesión de esta joven mujer en nuestras necesidades.

[1] Cfr. Papa Francisco, *Exhort. apost. Amoris lætitia*, 19-III-2016, caps. III y VII.

[2] San Josemaría, *La Virgen del Pilar*, artículo póstumo publicado en 1976 ("Por las sendas de la fe", Ed. Cristiandad, p. 172).

[3] San Josemaría, *Es Cristo que pasa.* n. 141.

[4] San Josemaría, *Ibid.*, n. 149.

[5] *Ibid.*

[6] Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 7-V-2014.

[7] San Josemaría, *Surco*, n. 731.

[8] San Josemaría, *Camino*, n. 973.

[9] Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 7-V-2014.

[10] Beato Álvaro, Carta, 9-I-1978, n.8.

[11] *Ibid.*